

---

# POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA

**Felipe González**

---

*análisis y debate*

---



1

En el momento en que se redactan estas líneas han pasado casi dos años desde que se publicó este *Manifiesto por una nueva izquierda europea*. Esa mínima perspectiva, de pocos meses, puede ofrecer, sin embargo, la oportunidad de juzgar con más equilibrio el texto que hoy se traduce al español. Permite, por un lado, ver que Peter Glotz ha sabido captar una idea que estaba en el aire, en el sentido de que se trataba de una idea inevitablemente condenada a convertirse en tema de debate para toda la izquierda europea. Nos ofrece además la posibilidad de evaluar el tratamiento de esa idea a la vista de acontecimientos más recientes, que en parte subrayan la racionalidad de la apuesta de Glotz y en parte, lo que es

---

El texto de Felipe González que aquí reproducimos corresponde al prólogo de la versión española del libro *Manifiesto por una nueva izquierda europea*, de Peter Glotz, Secretario General del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), que será publicado próximamente en nuestro país por la Editorial Pablo Iglesias.

más notable, disipan algunos de los fantasmas que recorren su texto. Se trata, en suma, de un buen momento para leer este manifiesto y pensar sobre él.

En mi propia lectura de este manifiesto, admitiendo por supuesto la particularidad de cualquier lectura personal, se anudan varios hilos. Por una parte, la idea de que Europa no tiene porvenir si no es capaz de convertirse en una realidad políticamente unitaria. Por otra parte, la de que la misma suerte de la democracia social, o, en otros términos, el futuro del socialismo, están vinculados estrechamente a la suerte de Europa, a su capacidad de sobrevivencia y de llegar a ser un polo de referencia para los países del Sur. Y, en tercer lugar, la idea de que para que así sea es preciso lograr un clima de distensión y desarme progresivo entre los bloques, pues no se trata de convertir a Europa en un tercer bloque militar, sino de transformarla en una zona geopolíticamente segura, sin por ello pretender alterar el equilibrio de fuerzas, que, mal o bien, explica la paz de la que han disfrutado los países europeos desde 1945.

Estas ideas, a su vez, deben leerse bajo una cierta luz que permita apreciar los matices que tan a menudo se perdían en las grandes ideologías de izquierda de los años 60, y que ahora se siguen perdiendo en el crudo maniqueísmo de la nueva derecha. Dos temas son ejemplares en este sentido en el texto de Glotz: el tratamiento de la tecnología más nueva y el del individualismo.

Glotz está haciendo un llamamiento a la izquierda europea, está tratando de ofrecerle banderas para la movilización y la confianza. Sería así muy comprensible que cayera en la tentación de dirigirse a la izquierda realmente existente; y ésta, en buena parte, es una izquierda que está a la defensiva, que desconfía de las nuevas tecnologías, en las que ve un peligro para el sindicalismo tradicional, una amenaza para el empleo. Y es una izquierda que contrapone el individualismo de la nueva derecha a los valores de solidaridad e igualdad que identifica con el Estado asistencial de la posguerra.

Glotz, en este sentido, ha sabido eludir bien la tentación de hacer demagogia, la tentación de halagar los reflejos heredados de la izquierda, lo que en diversas ocasiones he calificado como conservadurismo ideológico de la izquierda, y cerrar los ojos a los desafíos del futuro. El primer ejemplo es su tratamiento de las nuevas tecnologías. No idealiza sus consecuencias, pues sabe que están destruyendo las cualificaciones obreras y los puestos de trabajo asociados a ella. En términos cuantitativos no crean empleo neto, y en términos cualitativos provocan un proceso de polarización cuya cara más evidente, hoy por hoy, es la aparición de una masa de casi un tercio de la población activa condenada a la descualificación, la marginalidad o su variante más modesta, la precariedad.

Pero, a la vez, es consciente de que cerrarse a las nuevas tecnologías, tratar de crear un recinto autárquico en el que no actúen las fuerzas de la división internacional del trabajo, sería una quimera o un sueño que conduciría a la izquierda a la derrota, al fracaso histórico. La sobrevivencia de Europa en la que piensa Glotz no es la resistencia última de una fortaleza acosada y sin porvenir, sino un proyecto de futuro en el que asimilar las nuevas tecnologías sería la condición para jugar a ese juego cuyas reglas se están imponiendo desde la cuenca del Pacífico, sin que Europa quedara descalificada de salida. Un proyecto de futuro en el que no se trata de aferrarse a la herencia de la Europa taller del mundo, sino de crear una Europa competitiva en pie de igualdad con los nuevos países industrializados.

Y, más aún, Glotz no ha caído en la tentación de seguir las críticas, en cierto modo fáciles, que contraponen el individualismo de la nueva derecha, y del modo de vida americano, a las tradiciones de solidaridad desarrolladas en Europa por la socialdemocracia, a esas tradiciones que en español llamamos precisamente democracia social. Sería fácil que el individualismo norteamericano, que hoy es la bandera del neoconservadurismo, constituye la antítesis de los ideales de solidaridad e igualdad que la izquierda europea retoma de la Ilustración y de los mejores momentos de la Revolución francesa de 1789. Pero sería falso, y uno de los mejores aspectos del manifiesto de Glotz es recordarnos que el individualismo es precisamente fruto de la misma apuesta por la libertad y la autodeterminación que constituye el tronco de la Ilustración europea.

Hay un individualismo de izquierda, que, porque es de izquierda, se opone al darwinismo social, a la competición salvaje por el poder o el dinero, pero en nombre de una solidaridad que no es la colectividad del hormiguero. Es ese individualismo solidario el que podemos ofrecer como alternativa a la sobrevivencia de los más fuertes, esa pesadilla que nos describe Glotz como la sociedad de los dos tercios, una sociedad en que un 30 % de marginales serían el precio de una prosperidad colectiva para la mayoría establecida, empleada, funcionarizada, becada.

No se trata, lógicamente, de descubrir verdades sorprendentemente nuevas, sino sólo de expresar viejas verdades en el lenguaje de debates nuevos. El socialismo democrático siempre ha sido contrario al colectivismo gregario y a la insolidaridad del individualismo darwiniano. Pero recordar esa tercera posibilidad, la compatibilidad de libertad individual y de solidaridad colectiva, es difícil en estos momentos en que parece que se nos obliga a elegir entre el individualismo neoconservador y la tradición burocrática del Estado asistencial, tal y como lo conocimos en los años 60 y 70, o aún peor el estatalismo ineficaz y anulador del individuo que subyace en los mensajes comunistas.

En este sentido es renovadora y refrescante la apuesta de Glotz: tratar de combinar las ideas de modernización tecnológica y de libertad individual con los valores de solidaridad, de igualdad no basada en la uniformidad sino en el acceso a los recursos sociales. Glotz intenta, muy justamente, diseñar una visión del socialismo del futuro que recoja a la vez los viejos principios de la izquierda sin diseñar esos valores que la derecha, con mala fe pero también con habilidad, ha empleado en su ofensiva de los últimos años para impulsar una salida conservadora a la crisis. Y es que estos valores, vistos con detenimiento, no han sido históricamente ni pueden ser ahora patrimonio de la derecha. El mismo Marx, ese demonio en el que los neoconservadores buscan el origen del *imperio del mal*, alabó en tonos que hoy parecen casi exagerados la modernización impulsada por el capital, y su sueño de una sociedad sin clases, en la que cualquier hombre podría realizarse íntegramente como escritor o músico, artesano o pescador, es la más rotunda apología de la libertad individual.

Pero, como decía más arriba, las tres ideas conductoras del razonamiento de Glotz son éstas: que sólo la izquierda puede ofrecer un futuro a Europa, que de la sobrevivencia de Europa depende en buena medida, a su vez, el futuro del socialismo, de la democracia social, y que tanto el futuro de Europa como el del socialismo dependen, a fin de cuentas, de la creación en Europa de un clima de distensión, superando la carrera de armamentos y el clima de nueva guerra fría que han dominado los primeros años 80. Y son ideas que inevitablemente debían centrar

la discusión de la izquierda europea cuando toca techo la ofensiva neoconservadora, cuando la promesa de una revolución conservadora sólo produce la realidad de una política socialmente regresiva que ha pretendido llevar adelante el ajuste económico en condiciones profundamente insolidarias.

La idea de democracia social, de solidaridad y protección colectivas en un marco de libertades individuales, sólo está vigente en Europa. Quizá su plasmación institucional es demasiado burocrática, quizá frente a la necesidad de ajustar las economías europeas se han hecho patentes muchas irrationalidades, despilfarros, excesivas rigideces. Pero sería absurdo ignorar el logro histórico que representa la democracia social europea, no sólo para los trabajadores, sino para el conjunto de la sociedad como modelo de convivencia solidaria y en paz.

Es necesario hacer especial hincapié en este punto; frente a la sociedad de los dos tercios, frente a la pesadilla de sociedad polarizada, dual, que traza Glotz a partir del proyecto neoconservador, debemos afrontar los socialistas la idea de solidaridad social que, mal o bien, se ha llegado a plasmar en el Estado asistencial, en la democracia social. Si no, tendríamos que olvidar toda la herencia de la Ilustración y aceptar como algo natural la pobreza, la desigualdad, la existencia de riquezas personales escandalosas en un contexto de hambre, una diversidad cada vez mayor entre minorías sofisticadas en lo cultural y lo laboral y amplias capas descualificadas y marginadas.

¿Un futuro para Europa? Sería preciso en primer lugar que el viejo y torturado continente fuera capaz de mantenerse en el centro del sistema mundial, que no se viera semiperiferizado por la dura competición económica de los países industrializados del Pacífico, nuevos o viejos, o por unos renacidos EE.UU., aunque en estos momentos pueda pensarse que el milagro reaganiano ha durado menos de lo que parecían esperar los ideólogos de la nueva derecha en la primera mitad de los años 80.

Pero, en segundo lugar, sería preciso que la pesadilla de una nueva guerra dejara de gravitar sobre Europa, la condición necesaria, aunque no suficiente de que hablaba Brandt. La tensión internacional de los últimos años ha llevado a Europa al borde de la parálisis. Ha desgarrado su tejido social, ha destruido el consenso en materias de seguridad, ha creado nuevas minorías radicales que, pese a carecer de un proyecto alternativo de sociedad, ha sabido encontrar una bandera en el puro desarme unilateral, y bajo esa bandera han creado una extraña alianza entre grupos comunistas, o procedentes de los viejos partidos prosoviéticos, y nuevos movimientos juveniles que rechazan el armamentismo y la destrucción de la naturaleza.

En condiciones de tensión bélica Europa no podría tener un futuro, y sin Europa la izquierda no existe. Esta es una forma complicada, pero quizá realista, de decir que la distensión mundial, y la distensión en Europa, son condiciones para que el proyecto socialista pueda avanzar, pueda ser un proyecto realista. Cuando Glotz escribió su *Manifiesto* había muchos fantasmas que incitaban al pesimismo, desde la fuerza de la nueva derecha en los EE.UU. hasta la parálisis de la dirección soviética bajo el senil y moribundo Chernenko. Cabía prever un futuro de rearme, de creciente militarismo.

Puede ser un rasgo de descabellado optimismo, pero hoy se diría que esos fantasmas no resisten la luz del sol. La nueva dirección soviética parece estar apostando por el desarme, parece posible la desaparición de *todos* los euromisiles, cabe prever un acuerdo para una reducción muy significativa de los efectivos convencionales en ambos lados de Europa. La distensión parece ahora al alcance de la mano, y así de nuevo resulta verosímil creer en una Europa segura y con porvenir. Una Europa sin tensiones militares podría ser el marco en que se integraran las economías del Este y del Oeste, y podría ser además el marco de una creciente democratización y autonomía de los países del Este. Aún hoy es fácil decir que las reformas de Gorbachov son limitadas y se mantienen dentro de la lógica del sistema totalitario, pero nadie puede prever a dónde conducirá la dinámica que estas reformas ponen en marcha. Las intenciones actuales de Gorbachov no son necesariamente determinantes de los resultados finales a los que pueden llevar, y que son deseables para los pueblos del Este y del Oeste europeo.

Una Europa sin tensiones militares sería con toda seguridad más próspera económicamente, en el Este y el Oeste, y eso es algo que los dirigentes soviéticos saben muy bien. Sería quizá un área regional con muchas más posibilidades de competir frente a otras grandes áreas económicas, incluyendo al Pacífico, y podría crear las condiciones para el progreso del proyecto socialista democrático, superando definitivamente la amenaza del nuevo conservadurismo.

Pero la clave de esa Europa distinta está en el avance hacia la unidad política y en la coordinación de las distintas políticas nacionales. Y a corto plazo eso parece exigir una recuperación de la izquierda europea y un consenso entre la izquierda y la derecha para decidir el futuro del continente. Se hace imprescindible afirmar el proyecto europeo en términos tales que su atractivo pueda arrastrar a todas las fuerzas sociales, hasta el punto de crear nuevas mayorías de izquierda también en estos países.

Ese sería ya un buen motivo para lanzar un manifiesto para una nueva izquierda  *europea*. Precisamente una nueva imagen del futuro europeo, una imagen que nos permita superar los particularismos nacionales y buscar en la idea de una Europa unida el marco en el que la izquierda podría tener un futuro.

Pero, además, hace falta una izquierda renovada. Debemos superar tanto las inercias ideológicas del pasado como la tentación de seguir a los nuevos movimientos sociales sin valorar mínimamente la posibilidad de integrar sus demandas en un proyecto mayoritario y progresista. Ni podemos seguir creyendo que el movimiento obrero es la única componente social del proyecto de izquierda ni podemos dejar de darle su valor. Y hoy es muy fácil caer en la tentación de aceptar las reivindicaciones de los trabajadores de los sectores en crisis, sin reparar en que pueden reflejar egoísmos colectivos, incompatibles con un proyecto solidario de progreso económico a nivel nacional o europeo; o aceptar las reivindicaciones de  *todos* los nuevos movimientos sociales, sin reparar en su mayor o menor coherencia con un modelo progresista de sociedad, mientras se le vuelve la espalda a la vieja clase obrera, considerándola en trance de pronta liquidación histórica.

Para no caer en tales tentaciones se requieren reflexión y debate. Este  *Manifiesto* puede ser una excelente ocasión para discutir replanteándose las ideas heredadas o más comunes, y sólo por esa razón es ya un texto importante, por muchas que sean las diferencias que en distintos puntos puedan separar al lector

concreto de las posiciones del autor. No sería tan raro que con la perspectiva de algunos años descubriéramos que el pensamiento progresista, tras años de dogmatismo y parálisis, fue capaz de ponerse a la cabeza de la investigación y de las nuevas ideas en los años 70, precisamente cuando se nos pretendía hacer creer que la ideología neoliberal (conservadora a secas, si hemos de ser precisos) estaba enterrando los valores de la izquierda. Si así fuera, y yo creo que así es, con manifiestos como este las ideas de progreso podrían comenzar a regresar del limbo de la investigación de vanguardia al mundo de la vida real, y reconquistar la calle.

---